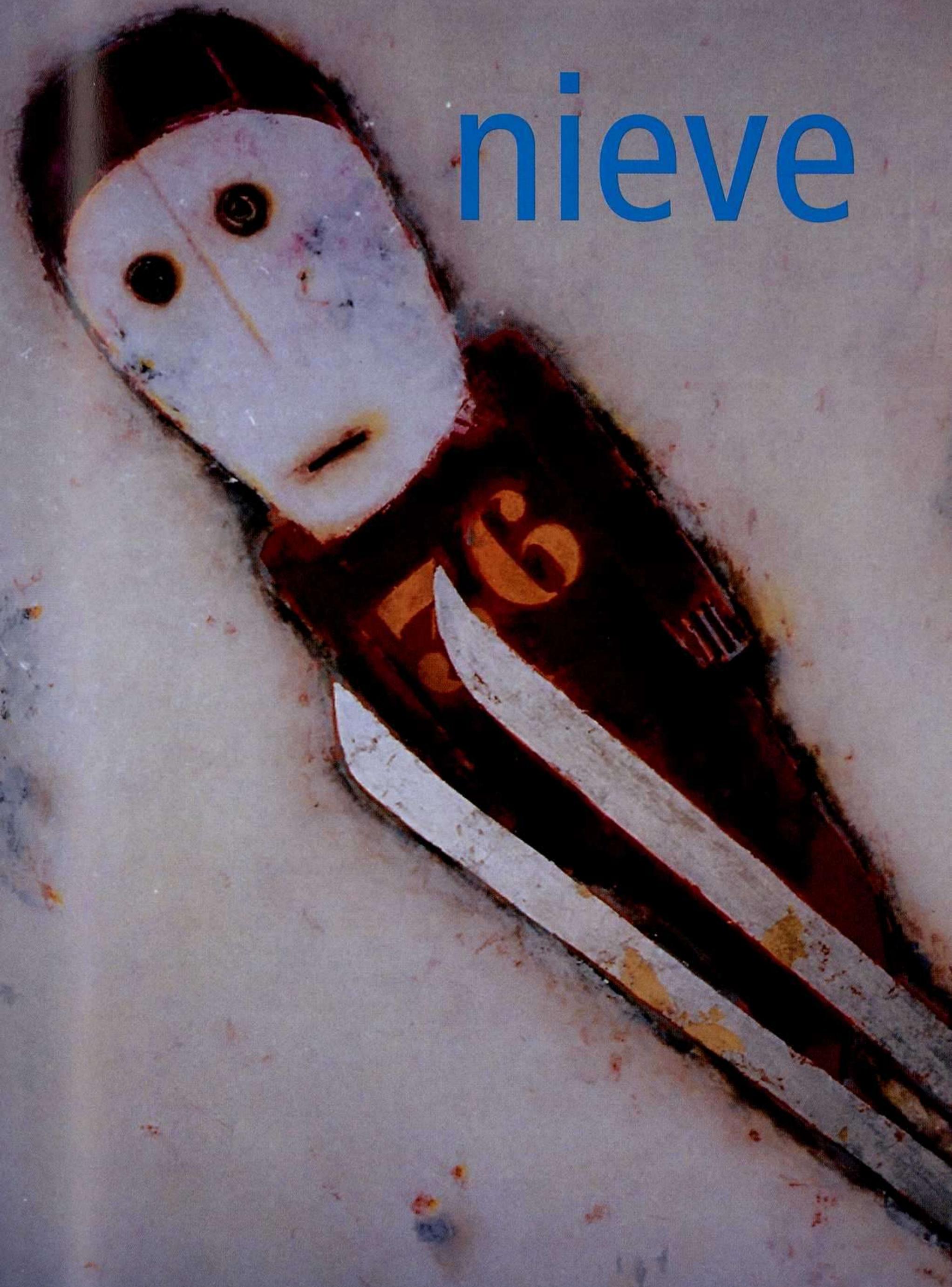


nieve





Ernst Ludwig Kirchner *Patinadores* 1924-25

RETRATO

Vicente Aleixandre

(José Luis, patina)

Sobre la pista
te deslizas
haciendo un ocho elegante,
con una sonrisa.

¡La muerte!: profunda
palabra, y, más elegante, giras
en una curva graciosa
y dulce, y pláticas
desde la baranda, un momento,
con una amiga.

Y piensas: ¡la muerte!
y, a solas, ¡la vida!,
y te entristeces y tu ocho
se amplía,
y en la curva dudas
para resolverte en una
pirueta nueva y atrevida.

Y los demás contemplan
con sus ojos atónitos
nuevas gracias
y nuevas pensadoras sonrisas
con que entreabres los labios
sobre todas las cosas de la
pista
y de la vida.

De *Ámbito*, Málaga, 1928

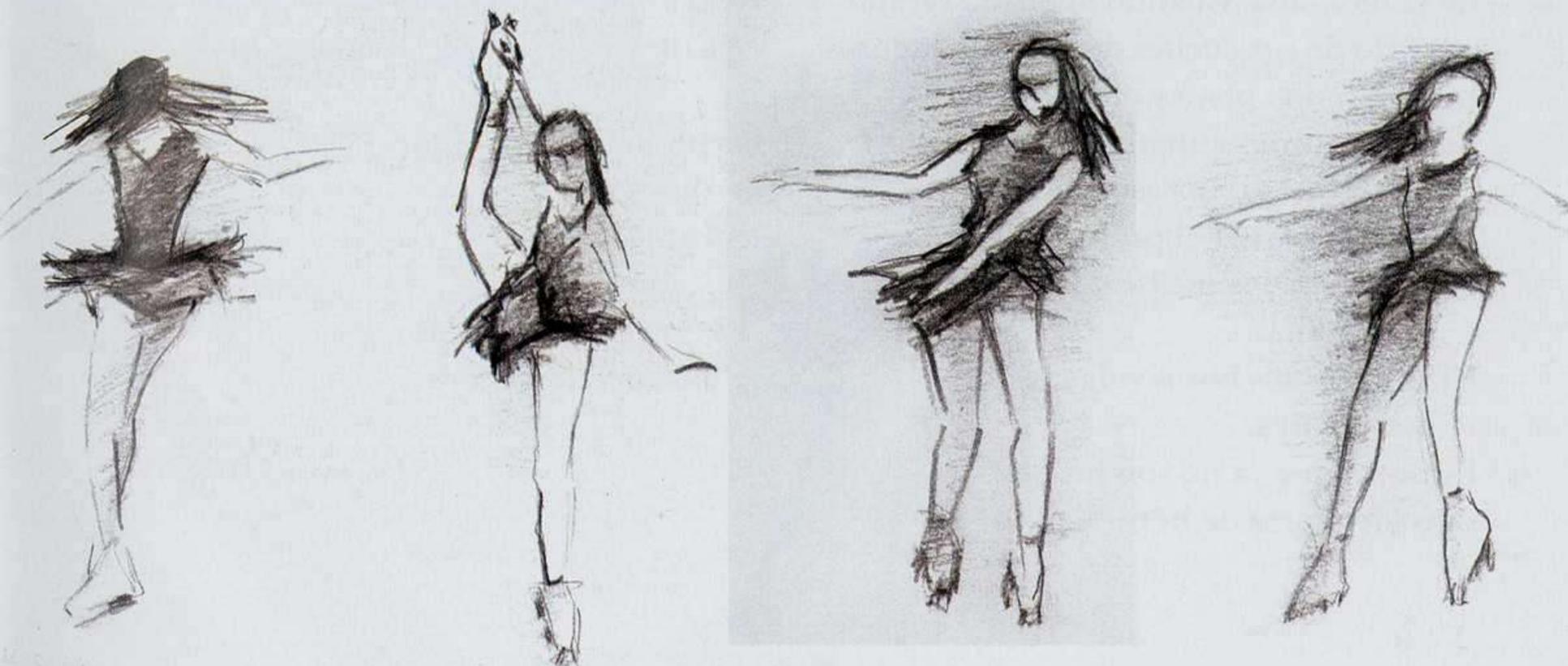
PATINADORES

Luis Martínez de Merlo

Poblando de hermosura vertiginosa
e inasible la fronda recoleta
que ahora se despereza con un tibio
bostezo vegetal. No tiene freno,
no rémora, no redes, el ímpetu
de sus ágiles piernas, de su cintura
elástica que parece quebrarse
—y no— en un ímprobo giro, en una
pirueta fantástica que todo
el cortejo de ángeles dibuja
uno tras otro, como una aparición que nadie
explica

Nada, nada les ata, nada dejan
atrás; nunca recuerdan, nunca
reconocen sus huellas y se encogen
de hombros levemente cuando alguno
nada comprende entonces
y pregunta por qué, por qué, cómo ha podido
floreceder el olvido en esos labios
que hasta ayer, con codicia, me besaban.

De *Fábula de Faetonte*, 1982





Louis de Neurac 1922

SNOWBOARD

José Antonio González Iglesias

Estos surfistas de la nieve forman una nueva camada de animales de invierno.

Dedican sus horas a la nieve virgen y a sus tablas de surf. Trazan estelas entre los pinos. Su acrobacia agota las posibilidades laterales de la montaña. Cuando llegue el verano a bordo de sus coches de colores intensos buscarán una playa y el significado de los nombres antiguos de los vientos. Ahora sobre sus bocas carnosas fosforece de vida el protector labial. Navacerrada los recibe este fin de semana.

Ni siquiera sus horas vulgares son vulgares.

Es cierto que ya no son héroes sino metáforas de héroes, pero

siguen desconociendo el color de la melancolía.

Como los meteoros construyen y destruyen sus caminos. En el bosque absoluto solamente la tarde los encuentra. Se aturden en las sendas nunca pisadas. Dejan sus marcas esperando que nadie las transite hasta que nuevos copos borren cualquier memoria.

Hemos de confiar en la hermosura que no veremos nunca, en las sigmas efímeras que escriben los surfistas de la nieve. Cursan

itinerarios tan imprevisibles como los que dibujan las arterias bajo la piel. Existen armonías que no percibiríamos sin las celebraciones del arte pop. A veces está muy lejos nuestra plenitud del lugar que habitamos. Otros son los que sustentan nuestros sueños. Ser contemporáneos quiere decir sólo que somos simultáneos de todo nuestro tiempo. Por eso algunos días logran esta humildad insuperable.

Apunto estas líneas en una caja de Telepizza. Son fragmentos de frases, los periodistas de Madrid Directo las dicen en la hora de poniente enfocando las torres de una ciudad de fuego.

¿Es esto lo que siempre se ha llamado belleza?

De *Un ángulo me basta*, 2002

MADISON AVENUE

Daniel García Florindo

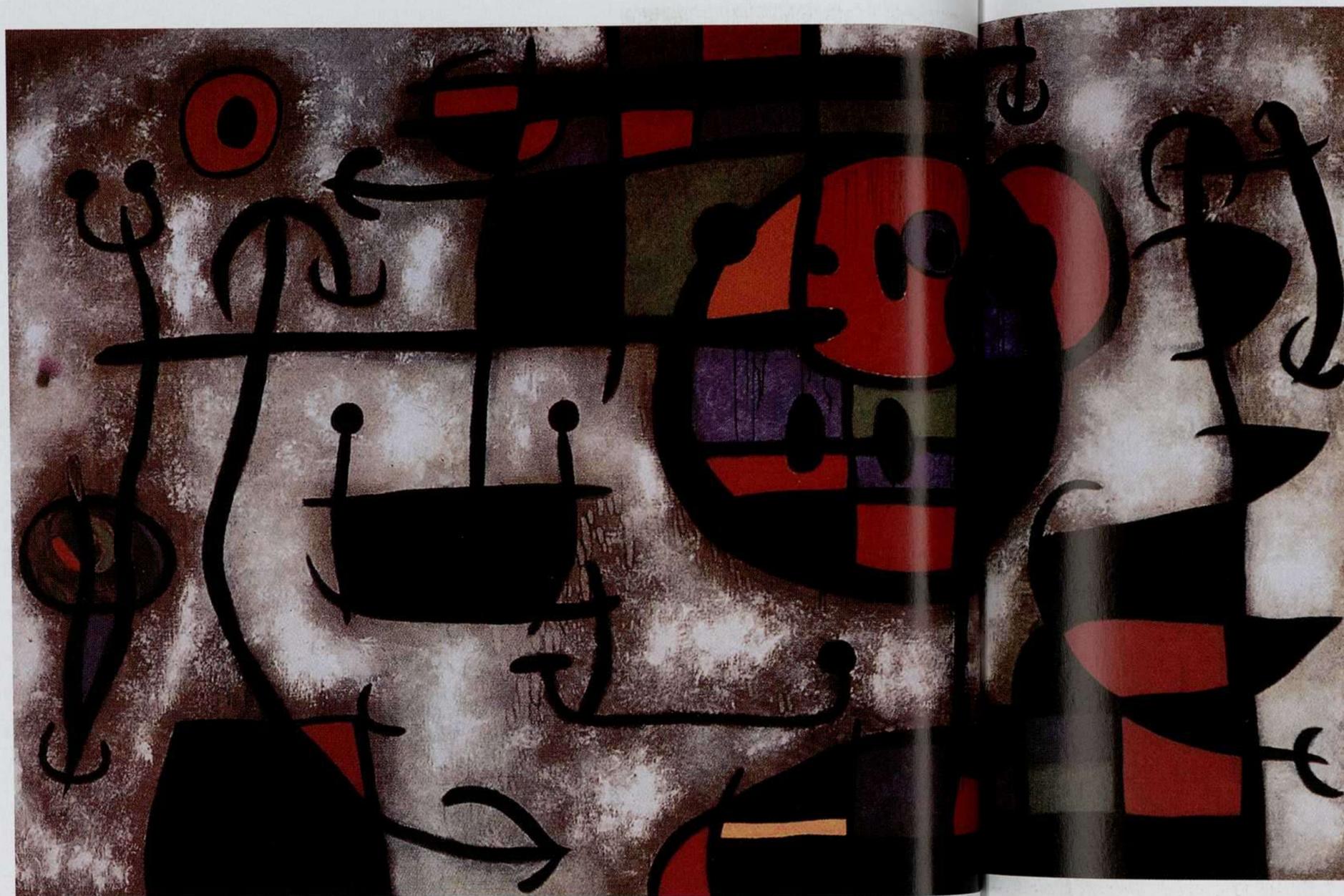
Mientras el frío penetra en las almas,
bajo la luna de Harlem
muere alguien que apesta a whisky
y a orines agrios. Cerca del Madison
bajo la escarcha ha dejado su cuerpo
tieso y entumecido.

La noche anticipa sus heladas manos
a los deshabitados hombres
que desean morir. Y la ciudad ilumina
su Navidad con luces blancas en las avenidas
de Manhattan. Allí es posible
patinar en el hielo.

Sobre su propia podredumbre
ha vomitado su pasado y su desdicha.

Un minuto antes recordaría su último
partido ganado -su mejor hockey
como entrenador de los Losers.





Joan Miró *El curso de Sky* 1966

SALTOS DE SKYS
Rogelio Buendía

Las puntas afiladas del ski
taladraron el aire. En la montaña
los jerseys de colores entreabrían
sus corolas en nieve.
Rastros de skis en la pendiente
y hasta en el aire azul se marcan surcos
de los pájaros locos que revuelan
por cima de los ojos en vértigo.

De *Alfar*, Abril, 1925

LA CRISIS DEL ALPINISMO

Ernesto Giménez Caballero

El alpinismo, como la equitación, la esgrima y las corridas de toros, sin rejoneadores, fueron los deportes del siglo XIX. Deportes románticos, de perilla y de coleta. (¡Qué en derrota los vemos ya!)

... * ...

Mirad esa señorita por el andén de arena: se baja del caballo. Con un empaque de niña traviesa que se ha puesto el traje de su mamá —y le arrastra la cola— y el sombrero hongo de su papá, como marmita en la cabeza.

... * ...

Mirad ese señor en calzoncillos: en zapatillas: con una coraza de granadero de Napoleón (un peto de colchoneta, un trozo de butaca en el pecho): una jaula de grillos en la cabeza: y un charrasco en la mano.

¿Qué hace ese señor (bigote, mosca) con tal traje maravilloso?

(¡Finta! ¡Pase! ¡A fondo! ¡Salto atrás! ¡Recto!)

Dos flejes de sommier en las piernas, este señor está tratando de flexibilizar las guardas de su honor.

... * ...

Mirad ese tipo tachonado de incrustaciones por todo el cuerpo—como un mandarín chino—. Menos por una, toda seda y carnosidad. Carnosidad bipartita y sabiamente exaltada. En el colodrillo lleva un moño. Del cuello le pende una corbata que es un trozo de tenia.

Ese tipo saca una espada antigua, de funámbulo. Y mientras el bombo y los platillos suenan su chinchín, pincha a un animal alimentado con hierba. ¡Olé!

... * ...

Mirad ese alpinista...

Pero el alpinista no es todavía un ente demasiado cómico. No puede ridiculizársele y caricaturizársele sin esfuerzo. Y sin un poco de mala voluntad.

Está aún muy cerca su prestigio para que se le vea bambolear a lo lejos y desaparecer en la frontera de la risa.

El alpinista, solamente se halla en crisis.

... · ...

Sin embargo: ya Daudet puso la piqueta en el pedestal con Tartarín hace años.

Baroja, hace años también, observó todo lo tartarinesco que resultaba un alpinista.

Morrales, clavos, «tricouni», botas «Laupar», piolets, raquetas canadienses, terrones de azúcar, abacá, fieltros verdes, crampones, impermeables... Y Maeterlinck, Zaratustra y Enrique de Mesa como compañeros de escalada.

... · ...

¡Qué aire más profesoral, más universitario y más pedante tuvo el alpinismo!

El alpinismo comenzó por originarse de una elucubración sentimental y pedagógica. (¡Oh Rousseau!) No se concibe un griego yendo a buscar la divinidad en el infinito del Mont Blanc.

Julio César, que atraviesa los Alpes, lo hace escribiendo tratados áridos y secos que le eviten caer en terrores y sensaciones inmensurables.

El Arcipreste camina por el Guadarrama. Pero su tránsito es sexual, humano, alegre y sin misticismo de solitario.

Leonardo asciende al Monte Rossa. Pero su ascensión tiene ese impulso leonardesco, «pura sangre» de batir «records», ensayaje de técnicas nuevas humanas, de «performances» superadoras.

Y el español Ordax (1519) remonta el Popocatepelt (5.420 m.). Pero, va por azufre. Va por pólvora a la cima.

... · ...

Gesnar, en 1574, profesor de Zurich, también intenta vencer dificultades de viaje

alpino, e inicia la moderna pedantería de los profesores contemplativos e higienistas.

Anticipándose así a Rousseau, a Bourrit, a De Saussure y a Nietzsche. Los padres de los mansos «amigos de la montaña».

Al Mont Blanc lo rematan, en 1786, el doctor Paccard y el guía Balmat, gracias a las excitaciones de De Saussure.

Lo mismo que más tarde se funda en Carpetania el «Twenty Club» (1906) gracias a las predicaciones profesoras, pedagógicas y medio religiosas de D. Francisco Giner: profeta del Guadarrama. Vidente de la montaña española.

(Giner: cabeza de santo franciscano. Barbas de nieve, con una corona de «skis».)

Durante todo el fin de siglo y el período de anteguerra terminan los profesores de embriagarse de picos. Se dan cima a todas las cimas rebeldes. Se las disciplina. En los Andes, en el Cáucaso, en el África Central.

Desde Leo Porgyul comienzan los ataques al Everest, el último rey moro del alpinismo.

En 1921 obtiene señalado éxito la Sociedad Geográfica de Londres con su excursión célebre al «Somo—Kang—Kar».

Tras el Everest, no queda nada. Todas las agujas montaraces del mundo pinchan ya una lata de conservas.

Empiezan a sobrar morrales, piolets, cuerdas de cáñamo y balones de oxígeno.

El alpinismo se transforma en Sociedades de funiculares. Restoranes con pianolas. Meriendas de los domingos. Y sanatorios para los tísicos.

La burguesía —iniciadora del romanticismo (del alpinismo)— cumple su misión de degenerarlo en triunfo de las masas. En estupidez. En vientre puro. En confort. ¡Subir a 2.200 ya, vestido de peregrino! ¡Qué risa!

...

¡Qué risa! La del rascacielos y la del avión. La del hombre mosca y la de Charlot.

Sobre las crestas de los orgullosos picos hace «loopings» un Bréguet.

El águila de Zaratustra se pule con «polissoir» las uñas.

Y si aún seguimos escalando peñas y eskiando... Es como los antiguos: Porque la guerra está detrás, y eso es ejercicio para la guerra.

Es como los modernos: Porque amamos a Cocteau, a Ramón, a Harold Lloyd y al saxofón. Y acrobacia y circo y varieté son hoy delicia pura.

De *Hércules jugando a los dados*, 1928



Tamara de Lempicka *Saint Moritz* 1929

OSLO

(Notas de un periodista. 1940)

César González-Ruano

Náyades de su tiempo, esquiadoras,
de lana el pecho duro florecido,
el último periódico salido
aplauden en la calle, soñadoras.

En las botellas escarchadas floras
rezan por otras que se han sumergido
en los hielos del mar, y conmovido
da a las tres el reloj las doce horas.

Poco después de aquí, se hace la tierra
cristal, sólo cristal, y se hacen blancos
los ojos de pescar, mirar, confines.

El Rey en bicicleta hacia Inglaterra
cruza, y losas de muerte son los bancos
que tiemblan en los últimos jardines.

1941. Recogido en *Poesía*, 1983

Miguel de Unamuno

Hace veinticinco años, cuando yo tenía otros tantos, éramos muy pocos los que aquí, en este Bilbao, nos dedicábamos a recorrer las montañas que lo circundan, al alpinismo y aun pasábamos para con muchos por chiflados, merced a tal afición. Los que recorrían montes hacíanlo en busca de minas o de aguas. Recuerdo que algún tiempo después, en una de mis vacaciones veraniegas, yendo de excursión de montaña con unos amigos que la cultivan, cruzamos con dos aldeanos, y diciéndole el uno al otro que iríamos a por minas o por aguas, contestó el que ya nos conocía, por lo visto, algo: «No, a ver nada más, ¡inoscentes!» Para el buen *jebó*, práctico aldeano vizcaíno, eso de trepar montes para abarcar panoramas era pura inocencia.

Desde entonces acá, y sobre todo en estos últimos seis u ocho años, el deporte del alpinismo se ha desarrollado mucho aquí, en Bilbao, pero... ¡deporte! Parece que cuesta sacarlo de tal estado, del estado de deporte, llevándolo a la pura afición desinteresada, al ejercicio higiénico y estético.

Uno de estos días, al ir de paseo hacia el Pagazarri, nos encontramos con don Antonio Bandrés, presidente y alma del Club Deportivo de este Bilbao y hombre

A. Bieber 1927



benemérito. Infatigable alpinista, su labor en pro del más sano, acaso, de los deportes, ha sido admirable. Bajo su dirección *han hecho* ya los alpinistas del Club Deportivo todas las altas cumbres de Vizcaya -Gorbea, Garri-cogorta, Oiz, Amboto, Ereza, Sollube, etc.-

Nos dijo de lo que cuesta mantener la afición. Una afición así, activa, es muy difícil de arraigar en nuestro país. Las aficiones que aquí se mantienen son las pasivas, las que consisten en ver lo que otros hacen y en discutirlo y criticarlo, admirándolo o desdeñándolo.

La vocación más señalada que por aquí se nota es la de espectador. Me temo, pues, que si el señor Bandrés desapareciera o abandonara su hoy tan benéfica acción, el deporte alpinista daría un grandísimo bajón. Que así es también aquí casi todo: obra de un hombre enérgico, acción personal. Y no por falta de disciplina y de organización, como se dice, sino por sobra de ellas, por espíritu rebañego.

Nos contó también el presidente del Club Deportivo lo que les ha ocurrido con un buzón que erigieron en lo alto de la peña de Amboto, y es que al ver los pastores, que por allí abajo apacientan sus ganados, que el tal buzón era un reclamo de alpinismo y atraía curiosos trepadores de montaña, lo hicieron desaparecer. Y es una lástima, porque era un gran aliciente, nos dijo el señor Bandrés. El Boletín o Revista del Club publicaba los nombres de los que en aquel buzón dejaban cartas o tarjetas, y muchos, pero muchos, acaso, desgraciadamente, los más, no suben sino para que se publique que han subido.

He aquí, pues, el lado triste del deportismo: la facilidad con que se convierte en exhibicionismo. No desconozco que hay coleccionistas de ascensiones de montañas, de visitas a iglesiucas románicas, de kilometraje en bicicleta o a pie por puro amor al arte, por satisfacción interior, como hay de estos entre los que coleccionan monedas antiguas, sellos de correos, botones de uniformes o cuernos de animales de toda clase que los tengan. (Hubo aquí, en Bilbao, un coleccionista de cuernos, desde los de búfalo hasta los del coleóptero llamado por algunos *lucano*.) Pero el coleccionista, con demasiada frecuencia, colecciona para hacer ostentación de su tesoro, para superar a los demás coleccionistas.

Sí, el deporte suele convertirse en exhibición y en profesionalismo. Cuando aquí empezó el furor del *foot-ball*, se creyó por algunos que era un antídoto contra las corridas de toros, espectáculo que estimaban exótico, o más bien *maquetánico*. Pero el *football* se ha convertido al punto en puro espectáculo y la afición es a verlo jugar y no a jugarlo. Y menos mal que no ha nacido la afición de jugar apuestas con su pretexto. Pero si en esta mi tierra hay alguna afición arraigada, es la afición a la apuesta, al envido, al juego, sea de mus, de topes de carnero o de pelota.

Y viene tras el deporte lo del campeonato, con todas sus tristes consecuencias. Y la más triste de ellas, la misma que sigue a las corridas de to-

ros: el tiempo y el espíritu que se pierde en comentar y discutir las jugadas y el mérito respectivo de los jugadores. Cualquiera diría que no hay nada en que pensar en España.

¿Que los deportes son higiénicos y desarrollan el cuerpo? Según y conforme. Lo más higiénico, sin duda, es una vida morigerada, y la de los deportistas, que se convierten en exhibicionistas del deporte y algo así como en profesionales de él, de todo suelen tener menos de morigerados. No basta que casi un mozo se pase una parte del día haciendo cabriolas o dando puñetazos, si se pasa la noche haciendo otras cosas.

Me lamentaba yo con el señor Bandrés de cómo, a pesar de sus esfuerzos, hay todavía tantos mozos que prefieren pasarse la tarde en un café o en otro sitio peor, a recorrer nuestras bellas montañas, y me decía que esta afición, sin embargo, se extiende. Al día siguiente de esta conversación subí con un amigo a los altos de Archanda, donde encontré un grupo de hombres maduros, casi de mi tiempo, que iban de paseo, y poco después cuatro mozalbetes, como de unos diez y ocho años. Iban dando voces, pero no de entusiasmo o de colmo de vitalidad, ¡no! Las daban por estar los cuatro borrachos perdidos. El aliciente que hacía a muchos subir a Archanda es el chacolí, y el día que allí se ponga juego, la concurrencia será mayor.

No, no es que suban sólo por el chacolí, ni que hayan de subir sólo por el juego, porque pueden muy bien —¡y tan bien!— emborracharse y jugar abajo, en la Villa; pero es triste cosa que el puro placer de gozar del paisaje y el aire y el sol desnudos no atraiga más gente. Hasta conocí uno, hace años, que tenía recelo de acompañarme por aquellos altos, y llegó una vez a decirme: «Y como tú sueles subir muchas veces, solo, eso jamás lo haré.» «¿Y por qué?», le pregunté. «¡No quiero que me tomen por poeta!», me contestó. «Sí, ¡por chiflado!», añadí.

«¡No quiero que me tomen por poeta!» ¡Qué confesión! Ahora, aquí, en este mi pueblo, algunos vencidos antes de luchar, algunos ex futuros o ex fracasados, algunos intelectuales en seco y en frío, han encontrado para alivio de la ictericia esta execración: «¡Bah, un literato!».

Lo que mejor lleva al deporte sano, desinteresado y puro es, sin duda alguna, la literatura.

De *Deporte y literatura*. *Nuevo Mundo*, Madrid, 1915

DEPORTE ALPINO

Luis Iglesias Felipe

Hombres de piel y lana
sobre el papel inmenso
dibujan un poema.

Si entre senos nevados,
a elipses desfloradas
cierran muerto el acorde,

¿buscan bajo la almohada
del glaciario indeciso
la verdad del subsuelo?

Cortan besos de niños
de piedra, que trasponen
sus anhelos en fuga.

Y al remate del limbo
polarizan mi sueño
sobre un barco de blenda.

¿Qué buscáis en los altos
descensos de mercurio
por un cauce de grados?

La helada interrogante
resbala por un surco
de nevados matices.

Y yo sigo robando
metros de plata virgen
al caudal de distancias,

autopista de dudas,
conjunciones lanzadas
más allá de la noche.

De *La Gaceta Literaria*, Diciembre, 1929



Lorenzo Saval *Alpinismo* 2004

Un aliento frío se le despertó en la boca y enseguida Van der Waals abrió los ojos, solos y deslumbrados a medio camino entre el sueño y la oscuridad acumulada en la habitación. La misma en la que, una hora antes, había entrado para echarse sobre la cama y relajarse. De ese modo más tarde podría concentrarse mejor en su trabajo. Sin embargo, en el último año no conseguía dormir con soltura, igual que esa tarde en la que le había costado deslizarse hacia el inconsciente para soñarse en una playa, por cuya orilla caminaba descalzo y dejándose acariciar los pies por la espuma, mientras su mirada medía la distancia azul desde el mar, al horizonte del mar. Fue entonces cuando sintió que la vida le daba vueltas en el centro del estómago y que un aliento frío entreabría su boca, sus ojos confusos guiándose a través de una sedosa luminosidad tensándose dúctil por sus costados, sus brazos, sus piernas, envolviéndolo en una caricia que parecía respirarlo.

Van der Waals intentó erguirse hacia el cabecero de la cama y creyó sentir, en su intento, la resistencia elástica de la luz impidiéndole romper su luminoso abrazo. Pese a las náuseas que comprimían su estómago, Van der Waals logró incorporarse y observar cómo en la yema de sus dedos brillaba una densa gota de sudor. El mismo que apartó de sus sienes, entendiéndolo por fin que el vértigo era lo que le había despertado en la boca un aliento frío y aquel temblor escurridizo hacia el interior de sus manos. Un vértigo que, extrañamente, parecía provocarle su posición cúbito supina, como si así se asomase al interior del vacío, desde la que se podía contemplar la ciudad a través de la ventana de la habitación. Un gran ojo rectangular al cual se dirigió Van der Waals para asomarse a la realidad construida a escala ba-

bélica y entre las que se elevaban los neones publicitarios coronando las azoteas del centro financiero, la fantasía de los espectaculares árboles geométricos y volúmenes plásticos, entre los que sobresalía el imponente y acerado Sheffer Spy Building, rematado en forma de diamante. Un edificio de 513 metros, con una rigurosa simetría cilíndrica compuesta de placas de vidrio texturado y celosías de acero, modeladas con delicados pliegues de origami, cortantes vacíos verticales y cerramientos de policarbonato. Sin duda, un exquisito desafío de cristal y geometría huidiza simbolizando el gesto ostentoso de orgullo y la hermosa caligrafía del arquitecto que lo había trazado en el aire, igual que si el rascacielos fuese parte de un alfabeto secreto, escrito con una fina caña de bambú. Sí, eso era lo que hacían los arquitectos, Herzog, Meier, Novouvel, Foster o el mismo Toyo Ito, autor del Sheffer Spy Building, construir una palabra que flotaría sobre la ciudad igual que si fuese una sinfonía musical petrificada. La cual él volvería a leer, como antes había hecho con la Torre Elf-Aquitaine, el Paramount Building, el Canary Wharf, el Dresdner Bank, el Luxor Pyramid o el Garden Court Holiday de Johannesburg entre otros gigantes que había hecho

suyos, desde que diez años atrás abandonó la escala en roca y una trayectoria en la que había conseguido encadenar varios 8c+ y batir los éxitos de Gülhich, Moffat y Thubron.

Los triunfos que soñó el día que trepó hasta el séptimo piso donde vivía, porque olvidó las llaves dentro de casa, descubriendo que su destino sería aquel deporte peligroso, preciso y solitario. El mismo que más tarde practicaría abriendo sus propias vías en ruta, sin apenas protecciones y bautizando sus primeros 8c mundiales con nombres evocado-

res de batallas históricas. Un impresionante nivel que se truncó en un Fontainebleau, donde tuvo una lesión de espalda que le alejó de la cuerda. Pero la escalada podía ser tan adictiva como la heroína y por esa razón no tardó en reengancharse a ella. Le bastó seguir una rehabilitación, en barras paralelas y anillas, para recuperar movilidad, fuerza y parte de su agilidad anterior, y posteriormente entrenarse en muro y en plafón con la idea fija de asaltar una travesía de escalada urbana, iniciándose en el Golden Gate de San Francisco, en el Obelisque de París y doctorándose finalmente en el City Corp de Chicago.

Ahora, frente al Sheffer Spy Building, Van der Waals pretendía culminar su carrera sin que le importase la intuición de que sería su última ascensión, si es que la policía había rastreado sus pasos hasta aquella ciudad, con el propósito de detenerlo. El inspector Neira lo perseguía desde hacía varios años, incluso estuvo a punto de atraparlo en dos ocasiones. Por eso estaba convencido de que él también se encontraba en aquella metrópolis, a la que, igual que solía hacer en cada una de sus escaladas, llegó tres días antes para estudiar minuciosamente su objetivo. Aquella arquitectura de aspecto inexpugnable, con nanoes-

tructuración de materiales y un sofisticado sistema, examinada desde la torre Claudia de ciento cincuenta metros, escrutada desde los diversos ángulos que le permitía el mirador panorámico del Maverick Drugstore, explorada del todo a la altura de los trescientos cuarenta metros y con un plano del último cuerpo desplegado en una suite del Mäestrolhm Hotel, donde pudo comprobar que el frontis del Sheffer Spy cambiaba de color conforme la luz del sol variaba de tono. Por eso había elegido la noche para ascender, una vez que repasó la altura, el revestimiento, las texturas, la rotundidad de las formas, las dificultades y las posibles vías.

A pie del Sheffer Spy, Van der Waals resopla el cálido aire del verano que dificulta la respiración y le confiere al cielo un profundo resplandor de brasas lejanas. Después pone el oído en la fachada, igual que si escuchase el sonido de una montaña preñada de sueños y pasión. Un latido ardiente, una queja furtiva, una voz que parece retarle a un difícil combate entre la intimidad del vértigo y la de un cuerpo conquistando la arquitec-

tura del espacio, donde la cima no significa nada y la pared todo. A continuación se desnuda de cintura para arriba, mueve los dedos de los pies ajustados en las viejas Mariacher amarillas, un número y medio menos de su medida y se frota las manos con el polvo de magnesio que lleva en una bolsa cogida del pantalón. Van der Waals mira hacia lo alto del edificio, se distancia con perspectiva y observa el reflejo del metro sesenta y seis de su sombra, etérea y libre de los cincuenta kilos de músculo y grasa, le guiña y con un salto felino se aploma en la pared, efectuando alternativa y rápidamente un agarre de apoyo y otro de tracción.

La noche absorbe la claridad de la ciudad, el agua evaporada del estanque cercano al Sheffer Spy, la vibración de los motores que cruzan de oeste a sur el verano, mientras un

hombre dibuja en la erguida volumetría de la fachada una línea precisa, elegante, aérea, encogiéndose al máximo para conseguir que la aceleración apunte directamente hacia arriba y manteniendo el centro de gravedad cercano a la pared. Van der Waals prosigue despacio la ascensión, buscando el equilibrio ideal entre los llenos y los vacíos, coordinando velocidad con agilidad y destreza, mientras el aire se enfría y él sólo piensa en el siguiente paso, en improvisar una secuencia nueva cuando no encuentra trozos de estructura o una larga fisura en la que asegurarse un agarre. A la altura del piso veinticuatro, Van der Waals siente una dolorosa punzada en la zona lumbar y sosteniéndose en tensión con una mano, se palpa con la otra las grapas quirúrgicas que tiene en el lóbulo de la oreja izquierda. Entonces respira, respira y ejecuta un leve estiramiento muscular con los hombros alineados y su mirada descubriéndose en la acerada cubierta, que le devuelve la imagen de la cicatriz de vidrio en su pómulos derecho. Un recuerdo que le hace sonreír, pese al dolor trepando por

su espalda. De repente percibe al aire apoyando su cabeza invisible en su hombro, una caricia del verano y de nuevo reanuda su escalada en x, sabiendo que a esa altitud resulta imposible volver atrás. Por eso es vital no distraerse, no permitir que el sonido de una sirena le haga pensar en que la policía puede estar aguardándole en la terraza, donde tal vez haya un oasis verde de los que crea la famosa Leslie Hoffman.

Van der Waals sube, trenza leves traslaciones en diagonal, se permite una pausa y escucha cómo la pared del Sheffer Spy le habla al oído. Esto sí que es poesía —se dice a sí mismo, trasmitiéndose fuerza y una especie de tonificación espiritual. Con doce ojos continúa la escalada, estirando las piernas en arco, asegurando el impulso de sus manos en pétalos de acero, en las texturas de origami y en la rigurosa simetría de las placas de vidrio, hasta que en la planta treinta y seis descubre a una mujer volcada sobre un tablero orlado por la luz de una lámpara halógena. Van der Waals deduce que es una arquitecto levantando sobre plano la altura de un nuevo edificio que reinará en alguna ciudad. Quién sabe si algún día él se retará hasta conquistarlo o si será otro grimper quién estudie su fachada y sus posibilidades. La

mujer levanta los ojos y los gira hacia la ventana, provocando que Van der Waals encadene un escorzo explosivo, abriéndose una vía rápida y desafiando su propia agilidad, sin perder su movimiento de cuerda viva al estilo Dúlfer, conforme valora los puntos de anclaje y expansión como aprendió a hacer en la vía Stravaganza en la cara norte del Cadí. En ese momento le arde el tacto de las manos y con destreza las alterna para untarlas de magnesio, aunque en el último instante pierde los asientos del pie y su cuerpo se golpea contra la estructura. Van der Waals siente que el corazón le late sofocado entre la columna y el lumbago y posiblemente eso es lo que le hace sudar. Sentir la sequedad de la saliva agolpada detrás de los labios.

Quince minutos más tarde, la enjuta figura del escalador continúa leyendo inteligentemente las trampas y los secretos senderos del rascacielos que,

poco a poco, ha ido poseyendo a falta del último tercio del tramo final. El más duro, el más difícil y por tanto el que más exige control, dominio y un descanso preparatorio. Una parada en posición estática que Van der Waals efectúa al llegar al piso cuarenta y ocho, permitiéndose entonces volverse contra la noche y observar la escenografía onírica de la ciudad con sus trazas, maclas e intersticios, igual que un cuadro abierto del que escapan poderosos perfiles de acero, hormigón y cristal, con aerodinámicas formas triangulares y de prismas de aristados tallos. Edificios de superficies alabeadas y estructuras al borde de la metamorfosis, elevándose en medio de la ciudad privada, desde donde parecen vigilar los satélites urbanos de la periferia. Ante esa visión nocturna y hermosa,

que convierte los rascacielos en joyas engastadas, Van der Waals se emociona, se balancea despacio y utiliza la flexibilidad de sus músculos para llevar a cabo un cambio de orientación, evitando que la euforia, ante el cercano triunfo, terminen traicionándole. Cuestiones vitales en las que no puede dejar de pensar durante cada uno de los trazos que dibujan sus manos, transformándose en mosquetones, en parabolts de expansión, conforme empotra las rodillas en los negativos y diedros y utiliza los pies como firme anclaje equilibrista. De esa manera continúa encumbrándose, aunque a ese descuello comienza a sentir la falta de aporte de oxígeno cardíaco-respiratorio y ha de detenerse. Lo hace frente a una ventana abierta hacia el interior de una alcoba y lo que ve, le convierte en voyeur. Un tatami a ras del parquet, un hombre maduro y situado en el extremo opuesto del lecho, rozando suavemente los pies de una mujer oriental. Al mismo tiempo sus manos suben sigilosas hasta llegar a los muslos y desde su piel erizada seguir trepando en busca del temblor de la pelvis. La mujer yacente es un lienzo pálido en un instante y en el siguiente se transforma en una figura ondulada y dura. La boca ascendente de su amante alcanza las cimas de los pezones y se detiene a morder la turgencia del deseo. Antes de que lo descubran, eleva su posición y se arenga así mismo: «belay, belay», a la

vez que fija la línea de su próxima vía.

Las ideas se construyen igual que la arquitectura y en esa creencia se apoya Van der Waals para asumir el riesgo que le exige la culminación de su empresa. Una seguridad, asentada en su larga experiencia de escalador, que empuja al grimper a progresar meticulosamente, con una técnica eficaz que le permite estudiar y elegir cada uno de los movimientos que afilan aún más su silueta ingrávida, multiplicando brazos, piernas y manos, como si fuesen los pedipalpos de un artrópodo de movimientos rápidos, de giros flexibles y elegantes, recortándose su brillo metálico azulado en las alturas del Sheffer Spy Building. Lo cual no contribuye a mitigar el insoportable dolor de la espalda ni a que no piense en que no podrá seguir haciendo ese trabajo. Tiene que admitirlo y arriesgarse a iniciar otra vida que le redescubrirá una nueva identidad o tal vez la misma que nunca ha asumido del todo. Ahora sabe que está preparado, la prueba es que el sudor le baña la frente, que la columna se le tensa y cruje, que el pulso tembloroso se le entrecorta en el interior de sus venas. Pero aún es necesario un último esfuerzo y Van der Waals cierra los ojos, para respirarse hacia dentro y llenarse del movimiento definitivo.

En la avenida Longbellow el inspector Neira escucha por radio, la voz del piloto diciéndole que lo único que han visto, al proyectar el cañón de luz sobre el edificio y su área, ha sido el tenso destello de muchos hilos de seda. Una fascinante trama de retículas, en arco y espiral, cubriendo la parte del cielo que se extiende desde el Sheffer Spy hasta el MäestrolhmHotel.

Mayo 2004